

Número de 4 páginas

## ¡Timba y golfas!

¿Una revolución? Así hemos estado creyendo los que llamamos como nos llaman. Así nos obstinamos en creer. Pero la verdad, más parece un baile de San Vito, un ataque de corea.

Y no, no; el que esto escribe—bien lo sabéis—no es de los que temen al salto en las tinieblas, no. Porque las tinieblas le parecen otras. No teme el salto, cuando se avanza, cuando se camina, aunque sea hacia un abismo. Pero eso de estarse en un sitio, dando saltos sin moverse de él, pateando sobre el mismo suelo... Cuando éramos niños había en Bilbao, nuestro pueblo natal, un pintoresco sujeto que exhibía unas figuras de movimiento—una especie de ómnibus precursor,— y presentando al público un caballo que se agitaba sin moverse de su sitio, decía: «¡Cómo «trotea», cómo «galopea» y no se mueva!» ¡Cuántas veces no hemos recordado en estos días aquellas palabras de Bataán— que así se llamaba el sujeto,— que tanta gracia nos hacían cuando éramos niños!

«Es que hay que mantener un estado de continua agitación...» ¡Convenido! No estamos muy lejos de ese sentimiento que alguien llamaría catastrófico, de la historia. Pero es a condición de que ello provoque el desarrollo de las ideas, de que ello favorezca la transformación de las conciencias. ¿Sucede así? Nos tememos que no, sino que más bien bajo este baile de San Vito, este ataque de corea, la conciencia social se oscurece y las ideas se borran.

En una novelita de Amada Nervo, «El Diamante de la inquietud»—publicada recientemente en el tomo XIV de sus «Obras Completas».— leemos esto: «La neurastenia, óyelo bien, no es una enfermedad; es una evolución. Si el hombre no anda aún con taparrabo, si salta de la animalidad, lo debe solo al predominio de su sistema nervioso. El sistema nervioso le ha hecho rey de la creación, ya que su sistema muscular es bien inferior al de muchos animales. ¡Ahora bien; cada ser que en la sucesión de los milenios ha avanzado un poco en relación con la horda, con la masa, ha sido en realidad un neurasténico...» Esto de Nervo parece muy bien, y el que ahora os habla ha sostenido que la enfermedad es el principal elemento de progreso, pero...

Hay enfermedades y enfermedades. Hay neurastenias y hasta locuras que cambian profundamente la ideación del hombre, pero la corea y la epilepsia suelen acabar en la estupidez. El epiléptico no por ello discurre con más originalidad ni novedad. «Trotea» y «galopea», pero no se mueva.

España parece conmovida, hasta en sus más íntimas entrañas, por una nueva vida. Y cuando se oyen, entre gritos y ayes,

algunas voces articuladas, nos están repitiendo los más viejos estruendos y los más sobados lugares comunes. Parecen expresiones de borracho, cuya característica, como se sabe, es la monotonía. El pensamiento del borracho es un pensamiento automático.

Y de borracho es. En nuestra última visita a la villa y corte, supimos que aumenta allí, sobre todo sábados y domingos, el número de borrachos,— que no era, justo es decirlo, muy grande,— y que además aumenta el consumo de éter y de morfina y de otras drogas, embotelladoras y entontecedoras. ¡Y en cuanto a lo del juego!

Eso del juego, y con él la pornografía más soez y más estúpida, cunde más que la ruda. España es ya hoy una timba suelta. Y los que hacen como que mandan— en rigor son mandados— parecen empujados en que eso siga. Al «pagan y toros» parece que ha sustituido el «timba y golfas». Así se entretiene el pueblo soberano y así se embrutece y se entontece. ¿Se entretiene? Creemos más bien que se aburre, como soberano, soberanamente. Porque también el pueblo soberano se aburre soberanamente, y más cuando más flugo cree que se divierte.

La neurastenia y la locura podrán ser, como creía Nervo—y creemos nosotros,— una evolución; pero este baile de San Vito, esta corea es una disolución. Una disolución civil y moral e intelectual.

Lo de la disolución intelectual es evidente. Basta oír a los que se precian de más avanzados, en el pensar, de tener ideas más radicales. ¡Qué de ramplonadas, Dios Santo!

Y en este pateo, en este baile, los que tratamos de pensar independientemente, fuera de todo collarro, sin norma de sindicato alguno, libres de dogmas, acabamos por resultar incomprensibles o ambiguos o acaso... cucos. Todos esos coreicos, todos esos epilépticos y atacados del baile de San Vito, como nos ven corretear—por las nubes, si queréis,— y que así escapamos a su agarrada, nos acusan de no ir a parte alguna. Y ellos, los del baile, cuando van a alguna parte es o a una timba o a un prostíbulo. El disloque.

¡Y qué bien está eso del «disloque»! Porque con ese baile, con ese pateo epiléptico sin moverse de un sitio, acabarán por que se les disloquen las articulaciones todas. ¡Y luego... la perlesía! Porque detrás de esto viene la perlesía.

¿Revolución? La revolución es, en la historia humana, algo del orden ideal, algo del orden del pensamiento. Y para pensar no hay que sindicarse. Basta con asociarse. Y asociarse es una cosa y sindicarse otra. Aunque el sindicarse es una manera de asociarse. Y no para pensar, sino más bien para no pensar. Un convento, por ejemplo, es un sindicato para no pensar, sino aprenderse ciertas ideas. Que se aprenden sin tener que pensar, ni aún en ellas.

¿Anarquismo? ¡Quién sabe!... Lo terrible es que se llama anarquistas a los más arquistas, a los más sujetos a dogmas, a los que más se afienan a ideas hechas, a los más esclavos, en fin.

Y se seguirá.

Miguel de UNAMUNO.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA